

# LA PROTESTA

AÑO XXI Oficios: HUMBERTO P. 1175—U. E. 2059, (R. Orden)

Buenos Aires, Jueves 8 de Marzo de 1917

Precio 0.05 centavos

(Porte pago)

Núm. 3041 J

## CORRESPONDENCIA DE REDACCION A "LA PROTESTA"

Valores y giros diríjanse a la Administración

## Los crímenes de los sayones

Todo lo que se diga sobre la barbarie que impera tras los muros de los presidios, siempre será poco. Las torunas inquisitoriales que nos relatan los presos de Rosario, en su carta pública el domingo, tienen por teatro de horrores del esbirrismo, todas las prisiones argentinas.

Diariamente nos llegan los relatos de inconcebibles crímenes, cometidos por los sayones, y que las direcciones ocultas seguros de que nadie les exigirá cuentas del delincuente, que pasó con vida por sus umbrales para salir de ellas cadáver.

La ferocidad ancestral de los guardianes, avergonzaría a los salvajes, que en las riberas del Amazonas aún viven libres, y sin contacto con esta civilización de muerte y odio.

En vano es que la voz de algunas conciencias se levante; ellos siguen en tren de martirios y torturas, sin que se les importe nada las acusaciones, pues, para ellos cuentan con el apoyo de los gobernantes, sus verdaderos cómplices.

Al dar a conocer el relato de uno de esos crímenes inhumanos que se perpetran con la alvedría cobarde, que les garantiza la impunidad de que gozan; volvemos a golpear sobre la indiferencia anarquista ante estos hechos, para ver si como el pedernal herido, surge la chispa de la rebeldía o de la protesta.

El último martes del pasado mes en la Plata, ha sido asesinado por los bomberos que hacían de guardia-cárceles, un niño, un menor recluso que tenía por sus facilidades que le presentaban sus cazadores, de llevar a la realidad la más legítima aspiración humana: la libertad.

Perseguido por la jauría de la soldadesca del gaucho Ugarte, que hizo ejercicio de tiro en su cuerpo, cayó este niño con una bala que le atravesó el cuerpo por la espalda.

El crimen, además de lo bárbaro, presenta al descubierto los medios que se emplean para aterrorizar a los demás presos. No se podrá invocar que el prófugo, no podría ser apresado, pues el disparo que le dió la muerte, fué hecho casi a boca de jarro.

Ante la denuncia hecha por el diario "El Día", las autoridades van a iniciar un sumario, que será una de esas faras con que siempre se trata de engañar al pueblo, para con todo el tartufo de que son doctos, deslindar responsabilidades y terminar con que la justicia histórica siempre tendrá el interrogante ¿cuál es el culpable?

(o)

## Vagos, desocupados y hambrientos

Hasta ayer cuando trabajando en el taller o la fábrica y laborabais el bienestar de los patrones, éstos al necesitar de vuestras fuerzas, os llamaban obreros, trabajadores, pero ahora que nuestros servicios les son innecesarios, os arrojan del taller que cierra sus puertas a vuestros brazos, forzándoos a vagar y se os califica de vagos, desocupados y hambrientos!

La crisis — argumento falaz de la burguesía — realmente no existe, los bancos están atestados de oro que ellos mismos lo han propagado para demostrar las fuerzas económicas del país.

Pero vagan aquí los trabajadores sin ocupación, ofreciendo su mercancía, el esfuerzo de su músculo por un miserable mendrugo que llevar a sus pobres hijos y en ello está el gran negocio de la burguesía.

Víctimas siempre de la explotación, hoy después de haber producido la riqueza que disfrutan los señores, están expuestos a caer en la calle muertos por el hambre. La caravana se encamina a la tumba, por el suicidio desesperado del cobarde o la impotencia débil del vencido.

Arrojados del taller, cruzando calles y campos, en caravana de miseria a la busca del quédor; sin trabajo, ni pan, solo os queda conquistar la vida con

el puño, con la fuerza, tomando donde lo haya, lo necesario para el sustento, yá que lo habéis producido y que por ley natural os pertenece.

Vagos, desocupados, hambrientos, la caridad oficial es un botafón a vuestra dignidad de hombres y de huelguistas

forzados.

El hombre activo no es mendigo, como lo quieren hacer los que apoltronados en el poder, creen que el pueblo, por que no tiene que comer, ha de entregarse su dignidad por una bazofia llamada «ella popular».

Los clamores de la propiedad, de la industria y del comercio llegan a las

estiradas donde se pulsa el cintrón general — frase sarcasmo las más veces — los clamores del anónimo, efímero si tienen fuerza suficiente ni aplican bastante para conmover a unos ni a otros.

En toda esta masa anónima hay grados distintos: quienes pueden ir criando, quienes secan con dificultad los apuros y quienes no pueden materialmente cubrir sus apremiadas necesidades.

Para los primeros, el que se encarezca la vida es lamentable. Para los segundos, es costoso. Para los últimos, es la muerte, el ser o no ser.

Percaudando del abuso los que no tienen el derecho, la facilidad o lo que sea, de un perro, han de humear el Código antes de hacerlo en otra forma; han de comerse los puños antes que meter la mano en el punto ageno.

Si las tripas se encorralan y roncán alteradas, han de ahogar los ruidos con voces de: «¡lo legal, lo legal!».

Se adivan unos cuantos y, forzados por la necesidad e impedidos por el instinto, exteriorizan la protesta, cuando ésta, se llega a mayores, se comete actos que alteran la digestión de los afortunados... Notad lo que en tal caso ocurre.

Se les da la razón — la razón, ¿eh? no, pan; — se les dice que sí, que realmente es sagrado, y atendible, y explicable, y muchas cosas más, el derecho a la vida. Pero se les castiga todo ataque a la propiedad, todo desbarro, no de la voluntad consciente, sino de las tripas en tensión insostenible. No intencionalmente, el panismo triunfador arremeterá contra vosotros, invocando los principios de la moral, del orden, de la autoridad, etc.

Y el caso es que habréis de someteros, si no queréis pasar por guijotes malquistados con la cuarta parte por lo menos de la Humanidad.

Entonces, si como yo hubiérais visto al can famélico, vagabundo, de rabo caído y orejas gachas, cansado ya de hacerlo entre basura, meter el hocico en cascadesca, quizás repitierais conmigo el estrillito:

«¿Quién fuera perro! ¡quién fuera perro!».

Y más, si os ocurriera como me ocurrió, después de ver al perro, leer su bitácora que un individuo llamado Manuel Lobo se había suicidado por carecer de recursos...

¿Véis? Se llamaba Lobo; pero no lo era. Siéndolo, probablemente no hubiera tenido que suicidarse por falta de recursos.

S. G.

Los hombres, las personas todas pueden ser víctimas del lucro, del abuso de unos cuantos; y del fraude, del asqueroso proceder de traficantes sin conciencia.

Puede ocurrir, por ejemplo, que una substancia nutritiva como es el pan, carezca por la razón fortísima de que el libro de «entradas y salidas» acuse de pronto una merma en las ganancias.

El que vende «no puede» dejar de percibir la utilidad propuesta; como el que tiene fincas «no puede» limitar el producto de sus rentas; como el que fabrica «no puede» pasar sin su beneficio calculado.

Las matemáticas son terribles. Cada cual has amoldado a su conveniencia particular.

Por una ráfaga de malestar económico se quejan el que fabrica, el que tiene inmuebles y el que expende cualquier artículo.

Los desocupados de Rosario

Rosario se hará célebre, sin duda, en los anales de la historia.

Rosario viene a ser algo así, como el crisol donde arden y se agitan todas las rebeldías y todas las iras, que se presentan más que se observan diseñadas en todo el territorio argentino.

Los pasados disturbios y movimientos subversivos de los desocupados de no hace mucho tiempo, se han vuelto a producir más intensamente para la burguesía de aquella ciudad.

Mientras los años pasan sin cesar, la Argentina tiene que confesar con vergüenza que aún sus instituciones permanecen en el mismo estado vergonzoso que siempre caracterizó a este infeliz país de tiranía gauschea, oprimido bajo el peso de dos leyes baldón.

El motivo de las presentes consideraciones, es el mitin que los desocupados del Rosario organizaron, para demostrar que en la región del trigo y de la carne existe el hambre más espantoso que se haya visto.

Energica ha sido la actitud de los desocupados. Decididos y llenos de confianza en sí mismos, tuvieron el gesto necesario en una época de hambre, de intentar un asalto al Banco de la Nación Argentina y al Mercado Central de Frutos.

De ellos deben de tomar ejemplo todos los proletarios de esta región si quieren verse libres de una vez por todas de infame monstruosa explotación capitalista. Hundirás para siempre en el olvido el recuerdo de este luctuoso período de miseria hoy de hambre, de iniquidad e injusticia.

Porque solo y sin recursos el proletariado rosarino se verá impotente en todo momento de desarmar una acción revolucionaria capaz de llegar a feliz término para los desposeídos.

No encontrando eco en el resto del país; levantados sobre esos valientes un ambiente de hostilidad en el resto de la región, forzosamente deberán ir al fracaso todas sus tentativas de revuelta proletaria.

## ILEGALIDAD

Quien no se queja — o quien menos se queja — es el que consume, compra o arrienda.

Los clamores de la propiedad, de la industria y del comercio llegan a las estiradas donde se pulsa el cintrón general — frase sarcasmo las más veces — los clamores del anónimo, efímero si tienen fuerza suficiente ni aplican bastante para conmover a unos ni a otros.

En toda esta masa anónima hay grados distintos: quienes pueden ir criando, quienes secan con dificultad los apuros y quienes no pueden materialmente cubrir sus apremiadas necesidades.

Para los primeros, el que se encarezca la vida es lamentable. Para los segundos, es costoso. Para los últimos, es la muerte, el ser o no ser.

Percaudando del abuso los que no tienen el derecho, la facilidad o lo que sea, de un perro, han de humear el Código antes de hacerlo en otra forma; han de comerse los puños antes que meter la mano en el punto ageno.

Si las tripas se encorralan y roncán alteradas, han de ahogar los ruidos con voces de: «¡lo legal, lo legal!».

Se adivan unos cuantos y, forzados por la necesidad e impedidos por el instinto, exteriorizan la protesta, cuando ésta, se llega a mayores, se comete actos que alteran la digestión de los afortunados... Notad lo que en tal caso ocurre.

Se les da la razón — la razón, ¿eh? no, pan; — se les dice que sí, que realmente es sagrado, y atendible, y explicable, y muchas cosas más, el derecho a la vida. Pero se les castiga todo ataque a la propiedad, todo desbarro, no de la voluntad consciente, sino de las tripas en tensión insostenible. No intencionalmente, el panismo triunfador arremeterá contra vosotros, invocando los principios de la moral, del orden, de la autoridad, etc.

Y el caso es que habréis de someteros, si no queréis pasar por guijotes malquistados con la cuarta parte por lo menos de la Humanidad.

Entonces, si como yo hubiérais visto al can famélico, vagabundo, de rabo caído y orejas gachas, cansado ya de hacerlo entre basura, meter el hocico en cascadesca, quizás repitierais conmigo el estrillito:

«¿Quién fuera perro! ¡quién fuera perro!».

Y más, si os ocurriera como me ocurrió, después de ver al perro, leer su bitácora que un individuo llamado Manuel Lobo se había suicidado por carecer de recursos...

¿Véis? Se llamaba Lobo; pero no lo era. Siéndolo, probablemente no hubiera tenido que suicidarse por falta de recursos.

S. G.

Es por eso que se debe poner ante los ojos de todos los obreros de la Argentina, el ejemplo alentador de las camaradas del Rosario, para prepararnos, así, a un posible levantamiento general, que hoy más que nunca, puede producirse. Iránse capacitando con esas provechosas enseñanzas para las rudas jornadas de una revolución, al mismo tiempo que despertando un noble y legítimo deseo de emulación.

Esa es la única enseñanza capaz de surtir efecto y producir los resultados ansiados y esperados por los proletarios miserables que en medio de sus dolores y sufrimientos no pierden jamás la esperanza de ver lucir un día de plácida libertad.

El gesto de los obreros desocupados de Rosario, levantándose sin temor contra el gobierno representado por un banco estatal y la burguesía personificada en un Mercado, acaparando ambos todo el producto del esfuerzo de esos mismos obreros; ese gesto, digo, es sencillamente hermoso y heroico.

¿Qué nos importa a nosotros, hombres sinceros y de pensamiento recto, que la prensa mercantilista y venal llame desenfreno y desborde de pasiones sacanas a esos actos que consideramos como dignos de hombres conscientes y altivos? ¿Qué les importa eso a los desocupados de Rosario? El juicio de la historia es el único temible; y el proletariado de todo el mundo alberga la convicción íntima, profunda y arraigada de que ese juicio no le será desfavorable porque de su parte está la razón que asiste a toda criatura despojada del derecho que resume y comprende todos los derechos: el derecho a la vida.

Hoy se llaman gigantes a los que durante la Revolución Francesa eran considerados como bandidos por la realza; mañana se llamará mártires a los que hoy reciben el epíteto agresivo e infamante para muchos de terrorista y agitador.

No cejen los esfuerzos titánicos de los rosarinos; y que les anime el pensamiento de que son los únicos en la Argentina que mantienen en alto y con dignidad el rojo pendón de las rebeldías, justas y hermosas.

En cuanto a los demás proletarios del resto de la República, ojalá se despierten en ellos, el mismo espíritu de justicia y fraternidad que sostiene a los camaradas del Rosario, y que ese espíritu los empuje a las mismas tentativas que acometieron ellos para así arrancar con mano firme al inicuo tirano lo que le ha usurpado el burgués: el derecho a la vida.

ORION.

(o)

Dejad a los niños que vengan a mí...

Dejad a los niños que vengan a mí... Dejadlos, dejadlos. Yo los amo infinitamente y mi mayor placer está en tenerlos a mi lado; en acariciar sus lindas cabecitas y hundir mis dedos entre los rizos de sus mejetas; en contemplar sus rostros francos y sonrientes en cuyo ceño aún no puso el dolor su marca, y en mirar, a través de sus ojos claros, a sus almas puras y limpias que aún la vida no tuvo tiempo de ensuciar.

Dejad a los niños que vengan a mí... ¡Dejadlos! ¡Quiero educarlos! Quiero fortalecerlos para la gran lucha humana; quiero prepararlos para el recorrido del gran camino que tienen ante sí.

Quiero moldear sus cerebros, dándoles una forma perfecta, para que luego se haya fuerza humana capaz de desfigurarlos; quiero poner en ellos luz suficiente para que no los oscurezca sombra alguna, para que no hagan presa en ellos los prejuicios, para que no los dominen estúpidas creencias.

Quiero fortalecer sus espíritus, para que, cuando hombres, sean fuertes y rebeldes; para que no sucumban ante las adversidades de la vida y sepan luchar y vencer; para que no se fijen imponer yugo alguno y puedan defender su libertad; para que puedan combatir todos los tiranos y todas las tiranías.

Quiero también enseñarles el bien. Para que sean buenos, para que sean justos. Para que amen la justicia, para

que defiendan el bien, para que combatan las iniquidades.

Dejad a los niños que vengan a mí... Ellos son buenos, inteligentes, alegres, puros. Dejadlos que los eduque y los fortalezca para que sigan siendo así toda la vida, para que no los torza el dolor, para que no los anulen las adversidades, para que sepan y puedan vencer en la gran lucha humana.

Quiero hacer de ellos hombres fuertes y buenos, hombres justos y rebeldes. ¡Oh, humanos! Yo soy la Anarquía; dejad a los niños que vengan a mí...

S. E.

(o)

La caída

¡Oh no insultéis a la mujer caída! ¿Quién sabe con qué afán ha combatido, — bajo qué peso su alma ha sucumbido, — qué abismo se entreabrió entre sus pies?

¿Mirastéis en el pétalo del lirio — brillar gota de lluvia blanca y leda? — Pues sacudid la rama... ¡Sólo queda — perla antes de caer, todo después!

No, no es de la mujer la culpa, es nuestra, — ¡Tuya es la falta, sociedad mementada! — ¿Quién no vió a la mujer, débil y aislada, — luchar con la miseria y el dolor?

Todavía en el jodo se halla pura — el agua; más si perla peregrina — que resís tomar la gota cristalina, — ¡dadla un rayo de luz, rayo de amor!

Victor HUGO.

(o)

Pasividad suicida

(Conclusión).

Entre tanto, el proletariado, el eterno pájaro, el generador y productor de todo lo existente, sirviendo allí en Europa de carne de cañón, de muralla, de puente, y cuando ya no sirve para más por la descomposición de su materia, de abono a la tierra para futuras cosechas que no serán para los pobres que quedan semi-vivos. Y aquí, entre los neutrales, — Filatos modernos que se lavan las manos con sangre proletaria, — el obrero, a fabricar municiones para que prosigan despedazándose sus hermanos, arrancando a la tierra sus productos para enviarlos allí, al campo de batalla, si antes un submarino no lo hace caer al fondo del mar. Pero, ¡bah!, no importa; prosiga sin descanso la infuenda obra; los unos matando y los otros produciendo para agenos beneficios. Continúese la tarea impuesta por los amos, por los poderosos, por aquellos que sin perder nada lo han de ganar todo, cuando todo está deshecho.

La decadente civilización que creó el telégrafo, la maquinaria, que recogió la electricidad y la hizo luz, palabra, fuerza; los libros en los que se detallan bellas teorías de humanidad y pacifismo; los eternos e inintermitentes sermones de todas las sectas, de todas las escuelas filosóficas, en plazas, calles y salones en donde oradores especiales decían exquistos, nos arrojan los auditivos órganos con sus frases de retumbrón y de esperanza; las leyes internacionales y las conferencias sobre armonía universal, todo ha sido inútil. La ambición inhumana de unos pocos se ha impuesto y prima sobre todo lo grande, sobre todo lo bello, sobre todo lo heroico que en buena ley habíase conseguido.

Ellos, los poseedores de la riqueza social han combinado la guerra. Disponen del dinero, de las armas, de los hombres, y allí los lanzaron unos contra otros, esquilmando a los que quedaban exentos de la barbarie para que nadie después alegue inculpaciones onerosas. La culpa, si alguien ha de cargar con ella, será de los esclavos, de los trabajadores, de los que lo hicieron todo: lo malo y lo bueno. Los industriales, los directores, la casta militar y los caballeros del oro sabrán eradirse invocando sacrificios derechos, poniendo de relieve agenas acciones contrarias al derecho de gentes, y como es de tan grave responsabilidad esta guerra — como todas las guerras ante la





